

# la feria de los días

I

Don Salvador de Madariaga es, por principio de cuentas, un escritor de no muy claros méritos literarios. Pero no es su mediocridad lo que en estos momentos nos concierne, sino el irresponsable, frívolo y vanidoso espíritu que en él parece ir creciendo con los años, y que lo urge a proclamarse de vez en cuando pontífice y portavoz de la latinidad en materia espiritual y política. A tal ambición debe el dudoso privilegio de haber visto publicado a ocho columnas, en cierto diario mexicano, un artículo suyo en defensa de la intervención en Cuba; nueva versión aún más torpe que la original, si no menos abundante en sofistería, de otro artículo anteriormente cobijado en el *Washington Post* del último 7 de mayo.

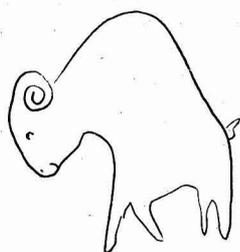
II

Con desparpajo sostiene Madariaga: "Por no haber intervenido Francia, Inglaterra y los Estados Unidos en favor de la República Española en 1936, intervinieron, de hecho, en favor de Franco. Si los norteamericanos hoy no intervienen en contra de Castro, intervendrán pasivamente en su favor, como activamente lo están haciendo la Unión Soviética y China... Hay, pues, que intervenir en Cuba y para asegurar la libertad primero de los cubanos, y luego del resto del Continente."

III

Con deliberación malintencionada olvida el melodramático novelista que el movimiento franquista triunfó en contra del pueblo español, que lo rechazaba y lo hubiera ahogado a no ser por la *intervención agresiva* del nazifascismo que entronizó a los sublevados. La Revolución Cubana, gústeles o no a quienes la miran de lejos, y con

todos sus peligros y limitaciones, ha sido obra del pueblo cubano; si buscó los apoyos que ahora tiene, ello fue después de haberse injuriado, amenazado y coartado en el país que ahora pretende asumir los derechos exclusivos de liberación popular. En otras palabras, la intervención que tanto implora el indiscreto polígrafo vendría a equivaler, en última instancia, a la agresión germano-italiana de entonces, antes que a un fortalecimiento exterior del verdadero pueblo de Cuba.



IV

El profesor John P. Roche, estadounidense, catedrático de la Universidad de Brandeis, y quien dista de ser, por lo demás, simpaticante de la Revolución Cubana, ha escrito recientemente: "Seamos lógicos; reconozcamos que si la URSS puede tolerar a Yugoslavia, Turquía e Irán, nosotros podemos tolerar una Cuba Comunista." No es posible aceptar por ahora la validez de semejante definición del presente régimen cubano; pero no hay duda que el profesor Roche conoce al menos una sensatez que el brillante y vacuo Madariaga ignora.

V

Más inteligentes y honestas son las afirmaciones de Wayne Morse, senador por el Estado de Oregón: "A mi juicio, Cuba no es un puñal apuntado al corazón de los Estados Unidos, sino un clavo en nuestra carne. Irritante y doloroso como los clavos suelen ser.

Pero no creo que pueda justificarse, sobre la base de los acontecimientos actuales ni de los acontecimientos previsibles en el futuro inmediato, el argumento en favor de una intervención militar en Cuba... Si los Estados Unidos tratan de dirimir sus diferencias con Cuba mediante el uso de la fuerza militar, ya sea directa o indirecta, tardaremos un mínimo de medio siglo en recobrar, si acaso los recobramos, el prestigio, la comprensión, la simpatía y la confianza de cada uno de nuestros vecinos latinoamericanos..."

VI

Don Salvador de Madariaga está demasiado ocupado en la ofensiva apología del mundo libre, para prestar atención, siquiera, a las voces de aquellos ciudadanos estadounidenses que se esfuerzan por pensar con la cabeza. No digamos para atender las opiniones de observadores imparciales como Claude Julien (autor de uno de los mejores libros sobre la Revolución Cubana, editado en París), como K. S. Karol (cronista del semanario *L'Express*, y hoy huésped de México), como Kingsley Martin (antiguo director del anticomunista y londinense *New Statesman*). Y seguramente sería mucho pedirle que escuchara la voz de los pueblos hispanoamericanos cuya representación se obstina en detentar. Ahora bien, si su exceso de trabajo, si la inercia de sus viejos hábitos intelectuales, le impiden el acceso a estas fuentes de información, ¿no valdría más quedarse callado y dejar de ponerse en un ridículo que tan mal se compadece con sus canas?

—J. G. T.

*Nota: Gran parte de los renglones publicados en esta página, desde su nacimiento, han sido recogidos en La feria de los días (y otros textos políticos y literarios), Imprenta Universitaria, 1961.*

